

## Crónica roja y literatura

■ Tal vez sea porque todos la tememos, que no hay nada que atraiga más que el relato de las muertes con violencia.

Los periodistas, cuyo oficio es vender noticia saben bien que la comisión de un crimen con características poco usuales les significa un automático aumento en el tiraje de su publicación. Cuando un crimen de esa naturaleza no se produce, existen quienes abultan, adornan y exaltan delitos corrientes, para así obtener pingües ganancias. En eso consiste el sensacionalismo de la crónica roja.

Repudiable como él es por el comercio que se hace de la honra o de la desgracia; del dolor o de la degradación de las personas, la prensa sensacionalista que se nutre de asesinatos, violaciones, asaltos y suicidios está respondiendo a una demanda del público que, en eso, no reconoce diferencias sociales ni culturales.

Hay quienes aseguran que esa curiosidad e interés por la violencia y la sangre, la muerte y la desgracia, es de naturaleza morbosa. Si así lo fuera, habría que aceptar que se trata de una enfermedad endémica en el hombre, que lo ha acompañado permanentemente a través de la historia y que, por eso, ya forma parte de su naturaleza.

Es posible una lectura de la Biblia como crónica roja. En ella abundan asesinatos y genocidios; humillaciones y escarnios, al igual que lo que sucede con todas las grandes obras de la literatura universal.

¿Qué periodista de crónica roja no sentiría haber encontrado una mina de oro en la noticia de un hombre que, desconociendo su origen, mata a su padre y luego se casa con su propia madre para, años más tarde, tener la revelación de su parricidio y su monstruosa relación conyugal? Burda y atroz como es esta historia, ella corresponde a la piedra angular sobre la que se sostiene el género dramático en Occidente: el "Edipo Rey" de Sófocles.

Personas cultas, que sienten una auténtica repugnancia por la crónica ro-

ja, pasan horas extasiadas ante los dramas de Shakespeare. Y en ellos, sin embargo, no existe ninguno que no pudiera dar lugar a escalofrantes y morbosas crónicas escritas por un sensacionalista reportero policial.

Y si del campo del drama pasamos al de la novela, advertiremos que no son pocas las cumbres literarias del género que giran en torno a hechos de sangre: "Crimen y Castigo" de Dostoiévski es un buen botón de muestra.

Nuestros poetas populares, aquellos que vendían sus versos en calles, plazas y trenes, tuvieron la intuición del interés que el crimen despertaba. Son ellos verdaderos precursores de la prensa roja y sensacionalista, apenas redimidos por su candor poético.

Revisando los escritos de estos poetas de nuestro pueblo, me he encontrado con una constante preocupación por "el asesinato del día" y, con ello, si bien se ponen a la par con quienes en algún momento comerciaron con el dolor, también se toman del brazo de los grandes nombres de la literatura universal.

Vean estos ejemplos con los primeros versos de largos y macabros relatos versificados.

De Liborio Salgado y su poema "Homicidio y Suicidio":

"Muy cerca de Talcahuano  
Donde llaman Las Higueras  
Un muchacho como fiero  
Dio muerte a su mismo hermano"

Y de Daniel Meneses, en su poema "Horrible Crimen en Gultro", que principia así:

"Un crimen más que salvaje  
Se acaba de cometer.  
A un hombre y una mujer  
Se asesinó con coraje"

Estos poetas populares, al igual que los escritores clásicos y al igual que los reporteros policiales, no hacen sino satisfacer la atracción que el hombre, en distintos niveles, siente por la muerte con violencia.

Es un hecho. Siempre nos atrae lo que tememos.